

# ARTES

## Introducción al estudio de la orfebrería indígena colombiana

Por LUIS ALBERTO ACUÑA

La fama atribuida a Colombia como país extraordinariamente rico en oro no sólo se justifica por la abundancia de sus yacimientos sino, de especial manera, por haber sido, en la época prehispánica, tierra de incontables y habilísimos orfebres. A un tiempo como México y Perú, Colombia ha proporcionado a la arqueología americana y a la historia de la orfebrería indígena americana los más raros, antiguos y preciados especímenes.

El sonoro nombre de Castilla de Oro con que los primeros descubridores españoles bautizaron gran parte de Tierra Firme, en lo que poco tiempo después fuera el Nuevo Reyno de Granada, es la más justa denominación, como ya lo anotara el historiador Gumilla, con que se pudo señalar esa región para calificarla y distinguirla entre la vastedad de los dominios, cada vez más numerosos, de la Corona Española en el Nuevo Mundo. La bibliografía colombiana de las épocas del Descubrimiento y Conquista abunda sobremedera en referencias y maravilladas relaciones de las riquezas, a las veces fabulosas, con que los ardidos caudillos y sus mesnadas veían retribuidas, en forma por extremo ventajosa, todas las calamidades, todos los sueños y ambiciones que aparejara sus ínclitas empresas. Y no era tan sólo el metal en bruto, el obrizo en polvo, el oro en pepita, lo que enriquecía fabulosamente a los conquistadores o a los simplemente aventureros y buscones; era principalmente el oro labrado, el oro que por hallarse convertido en joyas, en exvotos y vajillas

bien podríamos llamarlo *oro familiar*, para distinguirlo de aquel otro, el oro bravo, tan penoso de extraer entre las profundidades de las minas; tan sutil y engañoso entre las arenas de los ríos; tan arduo de alcanzar, por remoto y extraño, en el país del Dorado legendario. El doloroso viacrucis de los conquistadores en suelo colombiano, rompiendo por entre la oscura urdimbre de las junglas tropicales, por entre los siniestros tremedales hirvientes de reptiles, o extraviados en los abismos cuaternarios de los Andes, constituye la más estupenda odisea que se haya cumplido jamás, magnífica y terrible por su ferocidad y su heroísmo; en ella el oro indígena pone, de trecho en trecho, su nota coruscante a modo de fúlgidos toques sobre un oscuro retablo de tema pavoroso. A medida que las huestes de Quesada, de Robledo y Belalcázar se adentraban en suelo de Colombia, acrecía por momentos, en inaudita proporción, la copia de joyas, de preciosos utensilios y de todo género de objetos en las más extrañas, variadas y artísticas formas. Oro era todo este habido por rescate, por comercio o por entradas, tres maneras fáciles en extremo de adquirirlo para quienes tenían tan bravo el espíritu, despierto el ingenio, fuerte y adiestrado el brazo en el manejo de la espada. En el furor de las guazabaras y rapiñas el oro labrado venía bien pronto a parar en sus alforjas; de los obsequios y más o menos voluntarios donativos hechos por los caciques vencidos o naturalmente pacíficos buenas cantidades se allegaban también. Empero, fue del saqueo de las tumbas de donde los primeros conquistadores extrajeron la más abundante, casi fabulosa, riqueza en oro labrado de que se tenga memoria. Las guacas o pirúes —tumbas en forma de montículo— en gran modo abundantes en la región del Sinú, donde formaban algo así como inmensas necrópolis, produjeron, en los primeros tiempos del ciclo de la Conquista de Tierra Firme, la joyería por quintales, por pesadas arrobas castellanas y en tal abundancia que su acopio estuvo sobre toda ponderación. Un cronista de la época, el andaluz Juan de Castellanos, veraz, delicioso y prolijo narrador que versificó sus historias con encantadora donosura, nos va a decir qué forma tenían aquellas criptas del Sinú, así como la cantidad y calidad de su contenido:

Estas eran cuadradas sepulturas,  
Y tenían riquísimos caudales,  
Tanto que nos afirman escrituras  
Que pesaban el oro por quintales;

Piezas de diversísimas figuras  
Y de todas maneras de animales,  
Acuáticos, terrestres, aves, hasta  
Los más menudos y de baja casta.

Dardos con cercos de oro rodeados,  
Con hierros de oro grandes y menores  
Y en hojas de oro todos aferrados;  
Ansimismo muy grandes atambores  
Y cascabeles finos enlazados,  
Según los de pretales y mayoreo,  
Flautas, diversidades de vasijas,  
—Moscas, arañas y otras sabandijas.

No era, pues, simple y burdamente oro este que ponían al descubierto las tumbas indígenas del Sinú colombiano: era el oro en la más prestigiosa de sus formas, oro zoomorfo, oro que con ser nobilísimo metal hallábase transfigurado por obra y gracia de la inspiración y sabiduría indígenas en objetos de arte, en representaciones las más variadas, naturalistas e ingeniosas. Oro, en fin, que para la mentalidad de nuestros indios del Sinú, había sido dotado ya de su forma definitiva y perenne.

Pero las maravillas que en la orfebrería realizaban los sinúes no les eran privativas, pues aún quedaban entre sus conterráneos muchos otros pueblos que bien podían en punto de habilidad para moldar de entendimiento para fundir y repujar equiparárseles, e inclusive tomarles cierta ventajosa superioridad por lo tocante a la abundancia y en la producción o a la riqueza y variedad de los modelos. Eran esos afortunados rivales los taironas del litoral caribe; los quimbayas, de la cuenca del río Cauca; los quillacencas, de la región ecuatorial, y los chibchas del altiplano de Cundinamarca y de los valles boyacenses. De todos ellos eran estos últimos, los chibchas, los que presentaban una orfebrería en un todo peculiar y de más extraña calidad y estilo. Procediendo esencialmente por formas de esquemadizado dibujo, en absoluto convencionales, estereotipando las formas y reduciéndolas a un mínimo de elementos, el chibcha crea la joyería más característica y por lo mismo la más original que hasta ahora nos haya sido posible conocer. Sin el ingenio de los sinúes ni la habilidad extremada de los quimbayas, los orfebres chibchas seducen por el extraño carácter, rara enería y grandísima originalidad de sus productos.

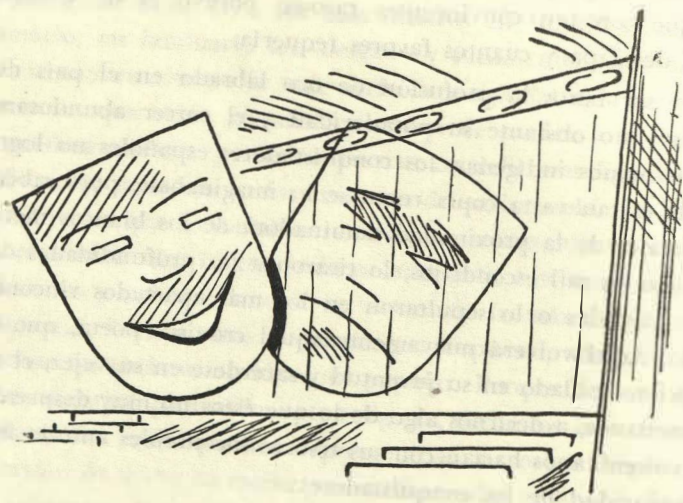
Hasta allá arriba, hasta lo más cimero de la cordillera tuvieron que ascender Belalcázar y sus gentes que venían por el sur, Jiménez de Quesada y los suyos que procedían del norte, para encontrarse, al final de su epopeya, en ese mirífico país que es la meseta de Cundinamarca, en el corazón mismo de Colombia. Hacia allí habían enderezado sus pasos en busca del fabuloso Dorado, y era precisamente allí, en el país de los chibchas, donde debían hallar el codiciado tesoro, objeto de tan arduas y fecundas búsquedas. Bien encaminados iban, en verdad, unos y otros, ya que aquel de Cundinamarca era con entera certeza el país de El Dorado. Como que allí estaban los más ricos señores, los que guardaban en montones de oro bruto, en gazofilacios redundados de joyas y cuantiosa pedrería los más fantásticos caudales que seres humanos pudieran juntar. Y allí estaban, en la ciudad de Guatavita, encaramada en lo más esquivo de la Cordillera, la mayor cantidad de artífices del oro de todo el país. Según un cronista de la época pasaban de tres mil los orfebres guatavitas en el momento del descubrimiento y conquista del reino de los chibchas. Eran ellos los más diestros en fundir el metal y amalgamarlo; en laminarlo tan delgada y sutilmente como sólo lo hiciera en nuestro tiempo la más perfecta y especializada mecánica; ellos eran los que sobre pequeñas matrices de piedra lo repujaban de tan mañosa manera que lo convertían en deliciosas figuras relievadas. Ellos los maestros en los cuidados de vaciar, soldar y bruñir. Ellos, en fin, los que lo tomaban tan amorosamente entre sus manos y lo iban retorciendo, filigranando y enlazando con tanto ingenio, entendimiento y primor como si se tratara de la más dúctil y obediente materia. Y el oro así, artísticamente dispuesto, adquiriría entre los chibchas un carácter en absoluto popular. Porque con ser aquél un pueblo esencial, profundamente religioso, desde los más menudos íconos hasta las más aparatosas presentallas y votivas representaciones corrían de mano en mano y eran disputadas aún entre los más oscuros feligreses. Los vistosos tocados y trajes disanteros, festivos o del diario, con oro labrado realizaban su carácter. El tan complejo ritual funerario de los chibchas, con el más fino y bien labrado oro se servía. En oro macizo de la más alta ley estaba esculpida, de tamaño natural, en su templo de Iguake, la imagen de aquel niño que sacara Bachué dentre las aguas de la laguna sagrada, el que años más tarde le fecundara e hiciese compañía, por lo cual fue exaltado en el pan-

teón chibcha a la categoría de deidad genitora de la raza. Las mujeres en trance de maternidad a Cuchaviva —el arco iris— en acción propiciatoria ofrecíanle el oro de sus fibulas, ajorcas y arracadas. Las representaciones de Bochika, el más popular de sus dioses por haber sido su héroe civilizador, tan sólo en oro eran forjadas. Atha, la rana sagrada símbolo de la humanidad, y las serpientes acuáticas en que reencarnaran la madre Bachué y el padre Iguake, caramente los guardaba el pueblo en prolijas representaciones áureas. En tan noble y popular metal estaban confeccionadas las andas del zipa o gran señor de Bogotá, y del propio metal eran los espejuelos, caireles y mil otros colgajos que guarnecían tan vistosa y gentilmente los dinteles de las casas de los ricos señores. Y con el dorado primor de las más bellas joyas que los orfebres indígenas crearan realzaron su encanto las mujeres del reino, con esas veinte primorosas doncellas, desnudas de ropas pero engalanadas de pie a cabeza por conruscante joyería, que el gran cacique de Ubaque envió, como parte de un rico presente, a su señor el Zipa para congraciarse con él y alcanzar su favor y desde luego que con tan convincentes razones obtuvo el de Ubaque la amistad del Zipa y cuantos favores requería.

Con ser tanta la profusión de oro labrado en el país de los chibchas y no obstante su popularidad y el correr abundantemente entre las manos indígenas, los conquistadores españoles no lograron hacer de él tan vasta copia como se lo imaginaban; pues sabedores los naturales de la proximidad dominadora de los blancos metieron sus tesoros en mil escondrijos, lo tiraron a las profundidades de sus lagunas sagradas o lo sepultaron en los más apartados rincones de su suelo. Aquí volverá nuevamente aquel cronista poeta, que fuera pendenciero soldado en su juventud y sacerdote en su vejez, el andaluz Castellanos, a decirnos algo de lo que éstos no muy desprendidos indios colombianos hacían con sus tesoros incontables ante la imprudente voracidad de los conquistadores:

Joyas de oro hallaron principales,  
No tantas cuantas son sus intenciones;  
Mas hallaban doquiera materiales  
Y fraguas do hacían fundiciones,  
Y muestras de tener ricos caudales,  
Que no fueron falaces opiniones;  
Pero túvose por averiguado  
Que todo lo tenían enterrado.

Desde entonces, y aun desde muchísimo antes, el suelo de Colombia, al cual confiaron sus indios la segura custodia de sus más ricos tesoros y de su más preciada orfebrería, convirtiéndose en un país de prodigiosas riquezas ocultas, en un como paraíso de los buscadores y guaqueros y, ya en nuestro tiempo, en deslumbrante escopo de investigadores y arqueólogos que noble, gratuita y pacientísimamente propenden al hallazgo, estudio y difusión de la joyería indígena colombiana de la antehistoria, en la inteligencia de que su conocimiento constituye uno de los más brillantes y fundamentales capítulos de la Arqueología, del Arte y de la Historia.



# Agenda

## THOMAS MANN

1875-1955. Las dos fechas que demarcan la existencia de Mann. En Lübeck, nace a finales de siglo y se desarrolla en el ambiente que tenía por tradición su familia: el comercio. Con todo, las aficiones de Thomas lo inclinan a utilizar en forma muy diferente los personajes y situaciones que se le presentaban a diario en el rutinario oficio de su padre. En el año de 1899, Mann publica la colección de novelas cortas de *El pequeño Señor Friedemann*, y más tarde, *Buddenbrooks*, obra en la cual se patentiza el profundo análisis que Mann realizó sobre su medio físico y espiritual de juventud. Se trata de una narración sobre la vida de cualquier familia de comerciantes en Lübeck. Por esta época Mann comienza a ser conocido en el mundo entero, dada la amenidad de su prosa y la fidelidad, a veces impresionante, como fija los caracteres en sus obras. El escritor continúa evolucionando y con más preparación y cultivo publica en 1903 otra serie de novelas que agrupa bajo el título de *Tristán. La Muerte de Venecia*, publicada en 1912, es una de las más agudas creaciones del autor, y en donde con gran estilo literario, relata y analiza la crisis que se hacía patente en esa época.

Hacia el año de 1924, ve la luz una de las creaciones más valiosas de Mann, e indudablemente una de las novelas más trascendentales de la literatura moderna: *La Montaña Mágica*, que tiene como escenario el Sanatorio de tuberculosos de Devos. A partir de entonces Thomas Mann pasa a ocupar sitio relevante en la contemporánea historia literaria. Escribe luego algunos ensayos políticos en forma de novela, algunas piezas cortas y más tarde llega a la cima de su producción al presentar a los lectores del mundo *El Doctor Fausto*, otra columna grandiosa en la cual se sustenta su figura de gran escritor.

Thomas Mann, autor de elegante forma, ocupó con Wassermann el primer sitio dentro de los prosistas alemanes de la época final del siglo pasado y de los años transcurridos del veinte. Pero quizás la valoración suya deba hacerse no en cuanto al arte de su estilo, sino en consideración a lo profundamente humano de sus creaciones, al análisis y presentación de la época moderna, hechos en forma inigualable. Tienen además las obras de Mann cierta personalidad que refleja el espíritu del escritor, espíritu educado a costas de luchas contra los elementos que en la actualidad acosan a los hombres. El trajín por la vida física, por la